

El 8 de Junio de 1936 se inauguraba en este templo magnífico, a la memoria y como homenaje de gratitud a Dn. Ruperto Marchant Pereira el monumento que guarda sus cenizas y perpetúa su memoria; y ha pedido del Sr. Cura de esta Parroquia, entonces, don José Luis Castro subí a esta Cátedra Sagrada para recordar con vosotros las excelsas virtudes del santo fundador de esta Parroquia. Ahora su nuevo párroco, digno continuador de sus antecesores me he pedido que con ocasión de las bodas de oro de esta Parroquia, la de estas honras fúnebres por el alma de su primer párroco venga a recordaros de nuevo su santa vida y sus méritos inmarcesibles.

Nuevamente también, ahora, aún más que entonces debo señores pedirlos que me excuséis de haber aceptado este encargo, que mis gastadas fuerzas y escaso tiempo no me permiten cumplir dignamente, pero movido siempre por la gratitud [ilegible] que debo al Sr. Marchant Pereira y como un acto de obediencia y de afecto al nuevo párroco que es mi superior jerárquico inmediato, como capellán del Patronato de Santa Filomena.

Y cómo no asociarme a las fiestas del glorioso aniversario que celebramos, queridos feligreses de Santa Filomena, siendo su más antiguo cooperador y el más viejo y tal vez el único testigo de los cincuenta años consecutivos que han corrido, y aún desde cuatro años antes de la fundación de la Parroquia.

Y en efecto, cuando a mediados de 1890 fue fundado el Patronato de Santa Filomena en la pobre casa que está situada al frente de este templo y era confiado al que entonces era un colegial y a un grupo de sus compañeros de la Congregación Mariana del Colegio de San Ignacio; entonces en el mismo año y al mismo tiempo don Ruperto ponía los cimientos del Santuario de Santa Filomena que se inauguró el 8 de Diciembre de 1891 y se erigió en Parroquia el 24 de Diciembre de 1894. Juntos llegamos, pues, en 1890 a evangelizar este barrio que hoy es la Parroquia de Santa Filomena. Él, desde el Santuario y yo desde el Patronato; él orando con la oración omnipotente de los santos vivificaba al pobre y modestísimo que hacíamos en el Patronato.

Al revivir en mi alma tan largo pasado, tantos bellos años tan gratos, tan dulces, tan lleno de recuerdos inolvidables para mí, surge en mi espíritu, la radiante y amable visión la figura de Don Ruperto Marchant, vuestro angel y mío, vuestro apóstol, vuestro padre amorosísimo y mío. Y mío, si señores, pues en la hora angustiada de las vacilaciones de mi vocación sacerdotal, él en forma milagrosa y profética, hasta en sus menores detalles, me dio la respuesta divina que disipó aquellas sombras tan densas con que mi egoísmo oscurecía mi alma y alumbró con certeza del cielo el nuevo rumbo definitivo de mi vida.

Qué duda tan grande de gratitud le debo, pues, por mi vocación sacerdotal y por nuestro Patronato, por el cual hizo él la jornada más importante y fecunda en las obras de Dios que es la de la oración ferviente y continua.

Al pedirme que evoque ante vosotros su memoria tan santa y tan amada y que me siento incapaz de hacerlo dignamente ayudadme a pedir al Señor, por intercesión de Santa Filomena la gracia de acertar a deciros de él lo que más convenga a vuestras almas y al acontecimiento que celebramos.

“SuscitaboMX Mihi Sacerdotem Fidelem”.-

Sí; El Señor lo suscito para que fuera el sacerdote fiel a su Sacerdocio y la misión providencial que le confiara, llamándolo de en medio del mundo en que brillaba por la nobleza de su nacimiento, por la extraordinaria simpatía de su carácter, por la gracia de su ingenio y de su pluma, donde era querido con pasión por lo amigos, admirado por las heroicas proezas de valor cuyo arrojo como bombero lo llevó a exponer a más de una vez, gravemente su vida; fiel al divino llamamiento se entregó por entero a Dios a los 27 años, celebrando su primera misa el 8 de Diciembre de 1876; y durante 58 años de su sacerdocio fue en todo momento el sacerdote fiel, cuyo corazón y cuya alma fueron reflejo fidelísimo de Jesucristo.

Apenas han corrido 3 años de su sacerdocio ya el señor va a poner a prueba la conformidad de su corazón sacerdotal con el corazón y el alma de Jesucristo.

Era profesor del Seminario cuando estalló la Guerra del Pacífico. El que soñaba con la vida austera y de continuo sacrificio del misionero entre infieles, va en los ministerios del ejército en campaña; algo de esa vocación que entonces anhelaba, y con la venia del prelado, vuela a ofrecer al Gobierno de la República, sus servicios, y aceptado parte al punto a Antofagasta a reunirse con las tropas chilenas.

Me permitiréis recordaros una vez más algunos de esos episodios de esta primera etapa de su vida sacerdotal y que él mismo con ingenuidad encantadora, nos ha relatado en sus recuerdos de la Guerra del Pacífico, en los que sin pensarlo, nos ha dejado el más bello retrato de su corazón y su alma de sacerdote y de patriota.

Ahí lo vemos recorriendo a pié o sobre una mula escuálida el desierto desolado; ya durante nueve meses no bebiendo otra agua que la resacada; ya confesando en Antofagasta antes de partir la tropa al norte más de ocho mil soldados, después de Evangelizarlos con incansable celo; ya recogiendo y asistiendo a los heridos en medio del estruendo del combate; ya por montes y quebradas buscándolos bajo la camanchaca mojadora o bajo los ardores del sol tropical o casi desnudo muchas veces o abrasado por la fiebre o herido por la peste, contraída en el servicio de los soldados apestados o de la tizana apenas ha invocado a la Santísima Virgen; sereno y sonriente en medio de las fatigas y privaciones, levanta con su ejemplo la moral de jefes y soldados; ya celebrando la Santa Misa de Campaña sobre una cureña o sobre un montón de frazadas para darle después de absolverlos, la Santa Comunión o para celebrar alborozados las victoria. Cuánta parte y cuan decisivas esas victorias el celo del sacerdote de Jesucristo, enardeciéndolos con su palabra inflamada de Fé y Patriotismo, preparándolos con los Santos Sacramentos, alentándolos con la Protección de la Patrona Jurada de nuestro ejército, cuyo escapulario ha puesto como escudo sobre su pecho compartiendo todas las fatigas del soldado que lo admiran y lo aman; prodigándose sin tas ni medida, coge en sus brazos a los heridos a quienes cuida con la ternura de una madre, asiste a los moribundos con sus propias manos y sus plegarias fervientes sepultan en la tierra bendita a los que muere. Sacerdote según el corazón de Jesucristo mira también en el soldado enemigo que va a morir botado en el campo, a un hermano y más aún, a un hijo que debe amar; asiste en el trance decisivo con igual piedad enterrándolos juntos a los unos con los otros para que decía él, siquiera en la muerte estén juntos y en paz los que en la batalla se pelearon

como leones. Que ejemplo tan precioso para mostrar como se [ilegible] al través del corazón de Jesucristo que palpita en su sacerdote fiel, el más acendrado patriotismo con la caridad con el enemigo en medio mismo del fuego de combate.

Cuantas veces el hombre de Dios así, prodigaba su sacerdocio, Dios le prodigaba sus favores. Ya rendido en penosa marcha, encuentra en medio de las arenas del desierto, el día de la fiesta de la Medalla Milagrosa de la Inmaculada Concepción un precioso cuadro de la Inmaculada de estatura natural, que recoge como un presente de su Divina Madre que le colocó después en el Santuario de Santa Filomena con el nombre de la Virgen del Desierto. Ya una oscura noche solo perdido en el desierto, helado por la densa camanchaca que lo empapa, desfallecido por la privación del sueño y del alimento, y rodeado de peligrosos enemigos, divisa una carpa que le ofrece abrigo y en la que halla a un montón de frazadas en que tender su cuerpo medio muerto, mientras se le aparece un chino trayéndole una tasa de café caliente, y así se duerme en paz; a la mañana al despertar, no había ni carpas ni frazadas ni persona algunas, sino su caballo que tranquilo lo esperaba allí. De mil peligros más de muerte salvó milagrosamente. Y cuando su amor patrio, que tiene clavada en su corazón la pérdida de la bandera de su Regimiento, diezmado en Caracoles pide a Dios recobrarla y en una rápida impresión la ve en Tacna, escondida en un baúl de la sacristía de la Parroquia de San Ramón y al llegar allá pone en juego toda su Fé y audacia para burlar la cautelosa vigilancia del cura y del sacristán. Logra entrar abre el mueble, donde la había visto en su visión y; oh prodigio! ahí estaba efectivamente la bandera, la saca con sus manos trémulas de emoción, la besa con sus labios ardientes de amor y gratitud a Dios, se envuelve en ella debajo de su sotana y vuela a llevarla al jefe de Estado Mayor Chileno. Llegado a su presencia ante él abre su sotana y la entrega la bandera teñida con la sangre de cien mártires y acribillada por las balas enemigas, trofeo hoy día el más precioso de nuestro ejército que ha venido recogiendo desde entonces de norte a sur de la República el juramento de todos los soldados de la Patria.

Había terminado la primera parte de la jornada de la guerra. Chile había ganado las magníficas provincias de Antofagasta y Tarapacá. Y aquél que como Moisés, había sido el hombre de Dios que había acompañado y guiado a su pueblo en medio del desierto, recogía ahora en los triunfos de la Patria la recompensa de sus sacrificios, la más dulce para su patriotismo y para su Fé.

La mano de Dios guiaba al Ejército, ha escrito D. Ruperto porque también ese Ejército le invocaba sin cesar.

Por esto, Dios los había bendecido tanto en tierra como en el mar, donde, desde la nave capitalina, en cuya cámara se ostentaba la imagen de la Santísima Virgen, hasta el último transporte, se la invocaba con el dulce nombre de Madre, llevando los marineros, así como los soldados, el escapulario del Carmen, que era la muestra y contraseña de haber cumplido con sus deberes religiosos. <<Y aquí cabe preguntar, termina el Sr. Marchant: ¿podría ser vencido semejante Ejército? Y, bien claro cabe también decir, agrega, mal que pese a los libre pensadores e incrédulos: <He aquí el gran secreto de todas nuestras victorias>>. Oigamos al respecto el más autorizado testimonio. <<Habían transcurrido algunos años, el Capellán, no se olvidaba del glorioso Ejército y, en todos los aniversarios de los distintos hechos de armas, adornando el altar de su Santuario con trofeos y banderas, narraba entusiasmado los pormenores de aquella homérica campaña. Aconteció entonces que un 26 de Mayo, en que, con el más vivo colorido describía y comentaba la Batalla de Tacna, al volver a la Sacristía, se encontró con el General Baquedano, que abrazándole, enterneció: <<Capellán, le dijo, con un *acento de amargura*, Ud. Es

el único que se acuerda de estas glorias de la Patria>> y luego, desabotonando su casaca y mostrándole una medalla de la Santísima Virgen del Carmen, pendiente de su cuello de una cadenita de otro: <<Aquí tiene, agregó, a la que debemos todos nuestros triunfos>>

El sacerdote que en el ejercicio de sus sagrados ministerios y de las virtudes propias de su estado había conquistado el cariño y la veneración de jefes y soldados, les abrió a millares las puertas del cielo.

El capellán del Ejército de Chile había glorificado a Dios siendo su sacerdote fiel, según el corazón y el alma de Jesucristo, haciendo el bien y sanando a todos.

Pero había caído herido el sacerdote de Cristo, supliendo en su carne para aquellas almas lo que faltara la pasión de Cristo, como San Pablo.

Gravemente enfermo de las fiebres tercianas contraídas, en el ejercicio de su ministerio, físicamente inhabilitado para proseguir en su penoso ministerio, fué enviado al sur a reponerse lo que no consiguió y estimaron los prelados necesario retenerlo.

Terminando así su ministerio sacerdotal con los soldados de la Patria vencedores ya, el prelado lo nombró Rector del Seminario de Valparaíso para formar ahora a los soldados de la divina milicia de Cristo. Si el sacerdote había cumplido hasta el heroísmo y hasta agotar todas sus fuerzas de sus deberes con aquéllos; con que extremos de piedad de caridad y abnegación se consagró a éstos.

Ahí sus noches enteras en la oración; ahí su dormir en el suelo o sobre una estera y sin otra almohada que su maleta; ahí el desgarrar sus carnes con las penitencias más duras; ahí el predicar no sólo con la palabra divina ardiente y llena de unción sino sobre todo con el ejemplo de santidad sacerdotal de su vida; ahí las ternuras de corazón como de madre para aquellos hijos del Santuario; ahí su vigilancia por las noches como el alerta centinela que sabe que el enemigo ronda en las tinieblas y trabaja por profanar también el Santuario de Dios; Ahí su paciencia invicta, aún para sufrir las heridas de los propios hermanos sacerdotes y compañeros de trabajo que son las más crueles, sin una queja, sin un resentimiento ni el más leve. Ahí hasta trabajar con sus manos en el material del Seminario y ganar con la seducción de su simpatía y de su virtud pública y notoria en Valparaíso las limosnas para sostener y acrecentar el Seminario dotándolo de nuevos edificios y laboratorios.

Dios recompensó su celo, bendiciéndole con una pléyade de dignísimos sacerdotes, los señores Constancín, Espinoza, Maruri, Aguayo, Varas, Brown, Rojas Dn Fidel, y sobretudo, aquel hijo predilecto de su alma sacerdotal don Martín Rucirer, nuestro antecesor en el rectorado de la Universidad y Obispo eminente de Chillán, muerto también en la brecha apostólica. Del rectorado del señor Marchant dijo el ilustre jesuita Padre Mariano Capdevilla: fué la edad de otro del Seminario de Valparaíso, porque fué el sacerdote fiel según el corazón y el alma de Jesucristo.

Y agrega, el Sagrado Texto que a este dio el Señor una familia y una casa fiel.

Y aquí tenéis la casa y la familia fiel que le dio el Señor, tenéis la parroquia y su feligresía, reunida aquí en estos momentos para rendirle el tributo de su filial y agradecido amor.

Dócil como siempre en todo a la voluntad del prelado el santo sacerdote, exhaustas sus fuerzas por las fiebres tercianas que continuamente la aparecían dejó su querido seminario para venir a ser el humilde capellán de la Casa de Ejercicios de San Juan Bautista en Santiago.

Así disponía Dios las cosas para que viniera Don Ruperto a realizar lo que había de ser el más fecundo y prolongado ministerio de su sacerdocio, cumpliendo con fidelidad perfecta su misión de apóstol y párroco de Santa Filomena.

No podemos separar amadísimos hermanos esta Parroquia y su primer párroco del apóstol de Santa Filomena, son inseparables, son una misma cosa.

Desde su llegada a Santiago en 1889, comienza a preparar como lo había hecho en Valparaíso, la devoción a la Santa; y prodigios extraordinarios que se multiplican, resucitan en nuestros hogares al fervor encendido en ellos por Fray Andresito, en más popular de nuestro Siervos de Dios; pero hacia esa época, casi extinguida.

Pero era necesario un santuario para dar al culto de la Santa [ilegible] hogar vivo y estable desde dónde el apóstol realizará su obra. Y la Divina Providencia quiso que fuera este lugar en que estamos situado en este barrio predilecto de Fray Andresito como vecino a su convento donde los hermanos del corazón de Jesús, fundados por el Padre Francisco Pacheco de la misma Recoleta y frente al cual acababa de nacer el Patronato de Santa Filomena.

Al llegar un día a este lugar nos dice Don Ruperto, y mirar por entre las rendijas del viejo y gran portón los trozos de muros de un templo derruido; es aquí, se dijo, donde Dios quiere que se levante su templo. Concedido el sitio por el Arzobispado puso sus propias manos al trabajo. Ayudado por dos niños y manejando el la carretilla fué amontonando las piedras y escombros. Los transeúntes al ver aquello repetían: "Está loco" cree que así va a levantar un templo". Es la locura de los apóstoles que han imitado los santos y que es tan grata al Señor. Pocos días después el vecindario anda sorprendido al ver llegar todos los días carretas atestadas de ladrillos hasta enterarse cuarenta mil. Un caballero había venido espontáneamente a ofrecérselos y gratuitamente se los enviaba. Así comenzó la construcción del Santuario. Pero sin dinero tuvo que salir a implorar la caridad a domicilio llevando las reliquias de la Santa camino providencial por donde Santa Filomena comenzó a renovar en los hogares de Santiago las maravillas, y aún mayores de las que por medio de Fray Andresito fueron legendarias en la ciudad.

No puede leerse sin emoción los encantadores y verídicos relatos, que, con el candor de la verdad y de la fe más pura, nos cuenta el mismo don Ruperto en su *Historia de Santa Filomena*, en los cuales el mismo fue instrumento y testigo fidelísimo. La única duda que asalta a los que más de una vez fuimos testigos y objeto de aun tales maravillas es saber cuál de los dos, a Santa Filomena o a don Ruperto, cabía la parte principal; tan estrechamente unidos andaban los dos en ellas. Pero para presentaros prodigios que están frescos en todos los hogares de Santiago y de todo Chile, no tenemos necesidad ni siquiera de salir de este mismo lugar.

Fundada la Parroquia, el celo del apóstol de Santa Filomena se aplicó en primer lugar a ella.

Cada mañana se ponía en oración el cura desde la amanecida, y terminada su oración continuaba con sus feligreses, desde las siete de la mañana su labor sobrenatural de párroco.

Lo estoy viendo sentado junto a la mesita, alumbrado con una vela, dictándoles la meditación al pequeño grupo de feligreses que lo rodeaban, y luego la plática diaria, tan evangélica, tan paternal, tan sencilla, como la conversación de una padre con sus hijos; y luego las demás prácticas de piedad y a continuación su Misa a las 9 de la mañana, y en seguida al confesonario y a la sacristía, y a recibir de toda clase de personas toda clase de confidencias y súplicas; es imposible contar el número de almas que en ese oculto ministerio de caridad y de compasión volvió a Dios, y los corazones lacerados que salían de su presencia confortados. Había no sé qué de dulce y penetrante en su mirada, de sereno y apacible en su trato, de luminoso en su semblante y en sus ojos, de tierno y afable en su acogida que pasaba de su alma llena de Dios, al que se acercaba a él. Terminada esta parte de sus tareas, que duraba hasta más allá de medio día, en las primeras horas de la tarde salía en busca de sus ovejas como el Buen Pastor; ¡y con qué amor las visitaba! Un día, siendo yo todavía seglar, visitábamos os pobres con un socio de Patronato, sacerdote también ahora, y vimos al través de una ventana algo que nos pareció un cadáver cubierto con una sábana; entramos a la pieza, era un pobre joven cuyo rostro y cuyo cuerpo entero, desfigurado por completo por las manchas negras de la gangrena senil, la más dolorosa de las enfermedades, era en realidad un cadáver vivo capaz de sufrir los dolores de la putrefacción de la carne muerta; en la última miseria, abandonado por su padre y sus hermanos y sin más que su pobre madre, arrojado de todas partes por el horror que inspiraba sufría el doble martirio del cuerpo y del corazón; <<¿está resignado?>>, le dijimos; <<sí, señor>>; nos contestó. Es que viene don Ruperto Marchant todos los días a consolarme; por la mañana me trae la Comunión, y viene después a visitarme, así él me ha alcanzado la resignación de mis penas>>. Podría multiplicar los casos.

Así, en pocos años este barrio, pobrísimo entonces y bien desamparado, espiritualmente, se transformó, y vino a ser, sin duda, el más moral y el más tranquilo de Santiago.

Pero el celo sacerdotal del apóstol y cura de Santa Filomena que tendía también sus redes más allá de los límites de su Parroquia, por donde el pasar iba bendiciendo a los niños y a los pobres, a los enfermos y a los sanos para todos los cuales tenía siempre una palabra afectuosa, un consejo o un servicio que prestar. Los enfermos eran sus predilectos. Lo llamaban cada día y de todos los ángulos de la ciudad y de todas las esferas sociales, dedicando a éstos tres o cuatro horas diarias. Predicaba misiones, ejercicios y retiros constantemente, y adonde no llegaba su palabra ni su mano ni su mirada penetrante de dulzura, llegaba con su creación y su penitencia continua y sus escritos que por millares y millares repartía gratuitamente. Miles de ejemplares de la vida de Santa Margarita de Cortona hizo llegar a las infelices mujeres de las casas de perdición y por los suburbios y mercados fueron incontables las Margaritas pecadoras que mediante estas páginas ardientes de Caridad trocaron el amor culpable por el amor divino en sus corazones, mientras su precioso libro sobre la virginidad encendió en las almas puras el soberano amor del Divino esposo consagrándose a él para siempre.

Mientras tanto del Santuario se difundían a toda la ciudad las maravillas de Santa Filomena y la caridad de su párroco redundaban estas a su vez en nuevos progresos de la Parroquia y hacían avanzar con rapidez la construcción de este templo en su magnificancia.

El 8 de Diciembre de 1910 este templo estaba terminado y era solemnemente inaugurado.

Pero su mayor valor no está en lo material. Este templo suntuoso levantado en pocos años, con la limosna que cada semana por conductos misteriosos y siempre admirables llegaba es un monumento magnífico que pregona la gloria de Santa Filomena y el celo de su apóstol, es la expresión de la gratitud de millares de almas que cantan los estupendos favores recibidos de Santa Filomena, si queréis, pero por la mano y por la oración de su apóstol; es un himno triunfal que pregona la realidad del mundo sobrenatural por miles de testigos y de actores; es el himno al Altísimo, cuyo nombre leéis sobre la puerta de este templo de almas que hallaron la Fé que habían perdido, de hombres extraviados que volvieron al camino, de ciegos que hallaron la luz, de paralíticos que recobraron el movimiento, de leprosos del alma que quedaron limpios, de enfermos que quedaron sanos, de pecadores que como Magdalena y el buen ladrón entraron en el cielo, abriéndoles él la puerta. Un Viernes Santo por la tarde, aquí en el pequeño Santuario contiguo a este templo setenta mujeres públicas secadas de sus antros infernales lloraban como la pecadora del Evangelio a los pies de Jesucristo, y salieron redimidas con sus lágrimas.

El que con dos niños pequeños, y con sus débiles manos en 1890 había comenzado el loco intento de hacer un templo sin tener nada, había logrado no sólo construir el pequeño santuario de 1891 sino el templo mayor de 1910, y más allá como fruto de su oración y de sus sacrificios, y como complemento del templo, el Patronato de Santa Filomena en que los niños de la Parroquia y los jóvenes y los hombres y las niñas y los enfermos y las viudas eran evangelizados, educados y socorridos.

El Señor había dado al sacerdote fiel, según su corazón y su alma, una familia fiel que guardara para siempre sus memoria en veneración y amor, y lo había edificado la casa que fuera para esta casa de Dios y Puerta de Cielo, puesta bajo la protección de la Santa Virgen y Mártir Filomena, cuyo culto se había propagado ya a todo el país con magnificencia de prodigios y maravillas con que ella había pagado a su apóstol su labor sobrenatural.

Ahora no le quedaba sino andar delante de su Cristo todos los días que le quedaban para que se cumpliera toda la promesa del Texto Sagrado.

La ancianidad avanzaba, sus fuerzas estaban agotadas y su corazón lacerado por el avance de las doctrinas y costumbres anti-cristianas en nuestra sociedad y en nuestro pueblo. Se sentía desfallecer y buscó un refugio para sus últimos años.

Aquellas palabras del anacoreta <<Fuge, tace quiesce>>. ¡Cuántas veces desahogó en mi corazón su inmensa tristeza y sus presentimientos dolorosos! Hay que orar, me decía; hay que hacer penitencia, repetía sin cesar, como los antiguos profetas de Israel.

Y alejándose de Santiago y del amado Santuario y del grandioso templo, fué a buscar en la soledad de Quinteros un refugio, en que, alejado del mundo por completo, pudiera darse por entero a la oración y a la penitencia en su cuerpo enflaquecido por las enfermedades, el trabajo y la vejez.

Allí discurren los últimos años de su vida, de allí no lo arrancaban sino los deberes de Pastor y el clamor de alguna alma que imploraba su ministerio o, a donde lo llamaba misteriosamente Dios.

Sin embargo, tampoco allá en Quinteros descansaba su celo. Iba a los pobres y a los pecadores y a las humildes gentes de aquel pequeño puerto para hablarles de Dios y conquistar sus almas. Era como el Pastor de aquel pequeño pueblo. Y ni aún ahí olvidaba el recuerdo de los días del Desierto y de la Guerra; el fuego de su patriotismo ardía en su pecho bajo el hielo de los años; las fiestas patrias las celebraba con entusiasmo, compartiéndolo con el pueblo, y allí, poco antes de su muerte, las últimas llamaradas de su corazón fueron para evocar las glorias de la Patria. Fondeaba en la bahía del Puerto, EL <<Latorre>>. El viejo Capellán del Ejército sintió vibrar en su alma las lejanas y hondas emociones de aquellos días de gloria. A la vista de la nave cuyo nombre le recordaban las heroicas jornadas de 1879, y 1880 quiso rendirle su homenaje de viejo soldado. En lo más alto de una roca, donde se alzaba un mástil, por su propia mano izó el pabellón nacional, con lágrimas de emoción; y el Comandante de la nave, no menos conmovido por el rasgo patriótico del santo anciano, retribuyó su saludo disparando en su honor una salva mayor de 21 cañonazos. El sacerdote y la Patria se daban el abrazo de amor de la despedida de la tierra, en esa efusión simbólica.

Don Ruperto acaba de cumplir los 88 años de su edad. Podía ya él exclamar como el apóstol <<*bonum certamen certavi cursum cunsumavi fidem, servavi in reliquo reposita est mihi corona justiae, quam redet mihi justus iudex in illa die.* (1)

Mientras en su corazón ofrecía a su Dios sus dolores y el holocausto de su vida; y no fijaba sino en el Cielo sus ojos, y sus oídos que no querían ya oír las conversaciones de los hombres, conversando con Dios sólo; oyeron un día la divina respuesta a sus anhelos: *¡Ea! Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor;* (2) y sus ojos se cerraron para siempre a la tierra y se abrieron los de su alma para su eterna visión bienaventurada; y sus oídos se cerraron para siempre a las palabras de este mundo y se abrieron para el concierto de los ángeles; y su corazón que tanto amó, desde los primeros días de su vida a Dios, a los hombres, a la naturaleza misma, a las flores y a las avechitas del cielo, como Francisco de Asís, dejó de latir aquí abajo, para sumergirse en la hoguera de la infinita caridad de Dios.

El sacerdote de Dios Altísimo había consumado su sacerdocio en la tierra! <<*Sacerdos in aeternum*>> (3) consumaba su unión eterna con el Divino y Eterno Sacerdote!

Y ves ¡oh Padre querido! a quién con tanta confianza acudimos en todas nuestras necesidades, cuya oración era nuestra fuerza, y vuestro ejemplo nuestro aliento y nuestra victoria, hoy que eres más poderoso que nunca continúa mirando por nosotros por tu Parroquia, por vuestros dignísimos sucesores en ella y por todos sus feligreses, por nuestro Patronato de Santa Filomena, prolongación humilde de la Parroquia, que tanto amaste; por todos los que nos sentimos como hijos de tu alma; por esta Patria querida que tanto amaste y cuyos extraviós lloraste con tantas lágrimas; por los sacerdotes para que seamos como tú, sacerdotes fieles, según el Corazón y el Alma de Jesucristo, y andemos todos los días de nuestra vida llevando

delante de nosotros las enseñanzas de la vida de Jesucristo, por los Prelados de esta Iglesia, objeto siempre de vuestro más tierno afecto y veneración; por el Papa de quién siempre fuiste el hijo amantísimo; y por el mundo entero que va a entrar en una nueva era tan llena de peligros y esperanzas para que en ella alcance su triunfo final la Iglesia de Cristo y Corazón Divino, Amor de sus Amores.